

## UNA PEQUEÑA CONFUSIÓN

Tardó el taxista en encontrar la puerta de entrada del hotel. Creo que no conocía bien el funcionamiento del GPS que le habían instalado en su flamante vehículo. Finalmente después de dar un par de vueltas a la manzana, detuvo el taxi delante de la recién pintada fachada del hotel.

El tiempo apremiaba. Había quedado a las dieciséis horas en punto en la recepción con mi colega el inspector Ramírez y no quería hacerle esperar. No era precisamente el que disculpaba cualquier retraso y otorgaba los cinco minutos de cortesía para el que llegaba tarde a la cita. Todo lo contrario, la impuntualidad era gravemente sancionada con una cara de pocos amigos. Le faltaba tiempo para mostrar el reloj, indicando el tiempo perdido. Yo creo que tenía que ser porque durante un periodo de su vida estuvo en Alemania, y allí dicen que son muy puntuales, pero digo yo que habrá de todos.

Sin demora, dejando una ridícula propina, y ahora que lo pienso me avergüenzo de tan tacaño gesto, entré en el hotel, casi a trompicones.

El recepcionista estaba relajado. No había clientes a los que atender, y cuando me coloqué delante de él, ni siquiera se percató de mi presencia. No apartaba la mirada de la pantalla del ordenador, visualizando el control de entrada y salida de clientes.

Miré a mi alrededor buscando al contacto, mientras Cristóbal, que así se hacía llamar el recepcionista, escribía con parsimonia mis datos personales, después de pedirme disculpas por no haber estado presto a mi llegada.

- La habitación 115, ascensor del fondo, me dijo sin quitar el ojo de la pantalla.
- Muchas gracias, le respondí, mientras recogía mi equipaje de mano y la tarjeta magnética.

Dudé por un instante en tomar el ascensor o esperar al inspector Ramírez. Por la hora que era tenía que estar al caer. No solía llegar tarde, y cuando así ocurría, siempre mandaba una oportuno *wassap* comunicando el retraso. Diez minutos de cortesía serían suficientes.

Decidí finalmente subir a la habitación. Necesitaba un poco de aseo, siquiera unas galfadas de agua después de cinco interminables horas de tren.

El merecido descanso no debía esperar ni un minuto más. Apenas me había dado tiempo para colocar un par de camisas en el armario cuando el teléfono sonó cansinamente.

- Seguro que es Ramírez. No me equivoqué. Su voz grave y altisonante descargó su natural enfado aparte de otras múltiples quejas por el desplante que según él le había dado.
- ¿Se puede saber dónde demonios te has metido? Llevo media hora esperando y todavía no has llegado. ¿Dónde estás?
- Perdona, pero la explicación te la tengo que pedir yo. He llegado al hotel a la hora convenida y no apareces por ningún lado.
- No es posible. Estoy aquí, en el bar, tomando el tercer café.
- Espera, espera, que bajo en un minuto.

Al llegar al bar del hotel busqué a Ramírez, en realidad no era necesario esforzarse, estaba sin clientes. ¿Dónde demonios se ha metido?

- Ramírez, ¿dónde estás? le pregunté mientras con el móvil pegado a la oreja recorría el bar y restaurante.
- Aquí estoy, en el bar, ya te lo he dicho.
- Imposible. Estoy con el camarero y no hay nadie más
- Al decir esta palabra, se me ocurrió preguntarle por el nombre del hotel.
- ¡Ya está! Menuda confusión hemos tenido. No se de quién será la culpa, o el despiste, pero lo cierto es que estamos cada uno en un hotel distinto, pero de la misma cadena.